

## NIDO DE AMOR.

Sobre el alero de mi ventana  
viene gorjeando por la mañana  
un pajarillo bello y feliz,  
y entre las fusias llenas de acridia  
construye un nido que mi alma envidia,  
pues sueño un nido de amor, así.

Á cada instante lleva en su pico  
hojas y briznas y abono rico  
que él sabiamente comienza á unir;  
y poco á poco sus formas luce  
esa morada que me seduce,  
pues sueño un nido de amor, así.

Bate sus alas siempre afanoso,  
y siempre torna con algún trozo  
de rama seca que ha de servir  
para hacer fuerte su tibio templo.....  
¡Ah! me avergüenza su gran ejemplo  
pues sueño un nido de amor, así.

Ya está concluido! Hoy que me asomo,  
cántame el ave:

— Contempla cómo  
no hay imposibles para el viril  
que fe y astucia, tenaz enciende.

Trina, y en tanto sus alas tiende,  
sueño en un nido de amor, así.

Hacia qué rumbo va su quimera?  
Hacia la fronda donde lo espera  
la amada pura que arriba al fin.

Y entonces juntos se dan cien besos  
mientras yo grito bajo los brezos:  
¡Ah!, quién pudiera besarte así!

Esposo y madre, fecunda cría  
gozan y cantan con alegría  
y á DIOS elevan su dulce "pí."

¡Hogar que sueño! Me desespera  
no poseerte... Ay, quién pudiera  
tener un nido de amor, así....

---

## DE ROSA.

Espléndida aparece con traje de oro y rosa,  
en góndola de nácar soberbio y virginal,  
del sol magnifiscente la amada misteriosa,  
la reina del canoro concierto matinal.

Su rubia cabellera, undívaga y sedosa,  
esparce por los cielos, cual grímpola triunfal,  
sus nimbos ondulantes. Avanza prestigiosa,  
enviando rosiclères al róseo laureal.

Qué nítidas las perlas que fulgen en sus briales!  
Qué cándido el aljófar que prende á los rosales  
do arpegia aladas notas el duque rui señor!

Tú duermes todavía del lecho en las alburas,  
y en él tus carnes rosa, me muestran sus frescuras  
cual fruto sonrosado de un pino embriagador!

---

## ALBORADA.

No duermas ya, novia mía:  
abre tus cándidos ojos;  
llama á tu alféizar el día,  
y un madrigal de alegría  
canta con dulces sonrojos.

Ante la noche que huye  
con su terrible fragancia,  
la luz brillante diluye  
versos de oro en tu estancia.

Despierta ya, que la aurora  
como vestal soñadora  
sale del templo sagrado,  
y en su bajel nacarado  
diamantes nítidos llora.

Su venusina belleza,

de tu belleza es hermana.  
Finge su augusta cabeza  
la de una linda princesa,  
la de una diosa pagana.

Apolo el rútilo empieza  
á diseñar por Oriente  
su radiación refulgente;  
las golondrinas joviales  
rozan los blancos rosales  
de tu jardín rumoroso,  
y los gorriones parleros  
son los rendidos troveros  
de tu balcón primoroso.

Cantan los bélicos gallos  
en el alegre bohío,  
y en la arboleda del río  
filtra la aurora sus rayos.

Se van dorando las cimas  
de las ciclópeas montañas,  
y mide el tordo sus rimas  
entre las dulcidas limas  
de las risueñas cabañas.

Feliz el rústico monta  
su rocinante matrero,  
y paso á paso remonta  
el pedregoso potrero.

Huye ante él el llanero;  
la codorniz, en parvada,  
cruza fugaz los trigales  
donde la espiga dorada  
irgue sus oros ideales,  
y entre polvosas espiras  
baja el rebaño á lo lejos.

Por los breñales que miras,  
donde pululan los viejos  
olmos, los grises conejos  
rumian la alfalfa sabrosa  
que humedeciera el rocío.

¡Con qué donaire la moza  
que presencié aquella cita,  
lleva su cántaro al río!  
Advierte cómo dirige  
su faz morena y bonita  
hacia nosotros. La dije  
de nuestro amor la ventura,  
y ella se rió maliciosa . . . . .

—La señorita es tan pura,—  
me dijo,— como la rosa  
que crece en la blanca altura.

Reina y señora tú has sido  
de este lugar tan risueño

en que á tu lado he vivido,  
perennemente dichoso,  
horas de plácido ensueño.

Anda, mi vida, tu hermoso  
traje de seda reviste;  
cruza tu chal voluptuoso  
á la cintura, y asiste  
al despertar campesino:  
ascenderemos al monte  
por el sinuoso camino  
de hayas do trina el "zinzonte."  
Y cortaremos incautas  
yedras prendidas al "órgano,"  
y escucharemos las flautas  
del dolorido zilórgano.  
Y cuando ya nos cansemos  
de corretear por la umbría,  
bajo la luz uniremos  
nuestra pasión, alma mía!

---

### Á UNA CAMPESINA.

Feliz tú, campesina embriagadora  
como haz de odorífero poleo,  
que tranquila en tu aldea bienhechora,  
sólo escuchas del pájaro el gorjeo.

Para tí la ciudad, esa traidora  
cortesana del sucio devaneo,  
no tendrá la potencia tentadora  
de su dúo: el oro y el deseo.

Alabando al buen DIOS, sin los alardes  
á que siempre la hipócrita se inclina,  
¡qué felices que son tus puras tardes!  
Con tu gárrula prole de pilluelos,  
tú pareces la rústica gallina  
que alimenta á sus cándidos polluelos.

---

## TROVA DE ESTÍO.

Lilí, ven canta. Lilí, enflora  
con frescos mirtos tu soñadora  
cándida frente, rubia Lilí.  
Ven y desliza por verdes prados  
tus pequeñitos piés sonrosados,  
y trina el aria del bello abril.

Y trina el aria que me cantabas  
aquellas noches, cuando jurabas  
con rojas frases ardiente amor;  
los gnomos gárrulos y traviesos  
harán derroche triunfal de besos  
en tus mejillas de nardo en flor.

Tiende en la grama tu cabellera

de oro que admira la Primavera,  
de la cual eres una hada tú;  
y mientras canto tiernos rondeles,  
oirás al ave que en los laureles  
rumia su ledo currucucú.

El tibio cármén de mis amores  
está de fiesta, casta Lilí.  
Vienes? Te nombran las lindas flores;  
desgranar versos los ruisseñores,  
y Amor sonrío pensando en tí.

Tras la penumbra de la floresta  
el monte yergue su cima enhiesta  
bañada en nimbos de roja luz,  
y asciende vago del rico valle,  
de los zenzontles el pasa-calle  
con que festejan al cielo azul.

Tiempla el cordaje de mi áurea lira  
con tus manitas de ideal Niké;  
cual mariposa de nieve, gira,  
en torno al labio que te suspira  
y que amoroso te dice:

— Ven....

Ven á hundir presto tu faz de rosa  
en la ondulante corriente undosa;  
dos cielos puros ahí verás:

el limpio cielo de las estrellas,  
y otras estrellas, pupilas bellas,  
en ese cielo de tu alba faz.

¿Oyes cual canta la leve brisa  
meciendo al pámpano en el alcor?....  
¿Oyes del fauno la aviesa risa  
tras el frondaje murmurador?....

Ríe, mi virgen; ríe, mi musa:  
la melancólica cornamusa  
del pastorcillo lanza su són;  
del bosque surge la voz agreste;  
canta, mi musa; canta, mi veste,  
la que tú sabes dulce canción!

Hunde ya Febo su faz de grana  
entre celajes de oro y rubí;  
cierra su cáliz la flor temprana,  
y la enfermita, pálida Diana  
tu augusta frente besa, Lilí.

Ya los aviones buscan sus nidos;  
cesa el poema de los sonidos;  
todo es silencio, ternura y paz.

Lilí... tus ojos! Lilí... tu beso!  
Júrame siempre con embeleso,  
que no me olvidas jamás... jamás!

## LAS ALDEANAS.

Á RUBÉN CAMPOS.

Robustas, montaraces, bulliciosas,  
cual banda de parleras golondrinas,  
sonriendo bajo rústicas encinas,  
al río vagabundo van las mozas.

Sus labios enervantes como rosas,  
son nidos de canciones cristalinas;  
y ebúrneas sus caderas venusinas  
que lucen los donaires de las diosas.

Con cántaros al hombro, por los viejos  
caminos que salpica la verdura,  
remengan sus purpúreos zagalejos.

Y Pan, que las atisba allá en la venta,  
devora de sus piernas la hermosura,  
y brama de pasión, y las ahuyenta . . . . .



## LOS TORDOS.

En las hojas de oro de los viejos álamos  
 que la luz brillante  
 del agreste Febo con sus gemas tiñe,  
 cual canoro enjambre  
 de impolutos niños en sus vacaciones,  
 ya se ven joviales  
 los alegres tordos de la blanca aldea  
 que sus varios pitos, vocingleros tañen.

Amanece. Turba la febril campana  
 del lugar dormido los silencios graves

con su zafia lengua á cuyo són se adunan  
de los negros tordos voces orquestales,  
melodiosas gamas que resuenan dulces  
en el tierno valle.

Pinta el sol el ónix de sus buches foscas  
que coruscan luego cual tus ondulantes  
rizos triunfadores de vestal campestre,  
muy más negros, niña, que mis hondos males.  
¡Qué sapiente y grata la polifonía  
de esas broncas aves!  
Á la vera mustia del ideal camino  
polvoroso, errantes  
ellos fingen banda de poetas jóvenes  
que discuten de Arte.

Cuando baña el río las umbrosas greñas  
de los frescos sáuces,  
y entre brunos riscos se desliza como  
plesiosauro fiero en insalubres mares;  
mientras corre y toca con augusta rabia  
roncos atabales,  
los troveros rústicos su voz de bajo,  
sorda y tremulante,  
acompañan siempre con sus melodías  
tiernas y autumnales.

Pulsa el viento su arpa misteriosa y dulce,  
de los altos pinos entre los frondajes;

la cigarra estiva, por las trojes de oro,  
rumia torturante  
los tres agrios versos de sus monorrimos;  
y de las alondras los inconsolables  
guayas lentos surjen entre los olores  
castos y divinos de los liquidámbaros.

Y sus mil jubones de lustrosa seda,  
los ufanos tordos lucen petulantes,  
ya arrastrando nobles sus finchadas colas  
de bruñidas plumas en los herbazales,  
ya puliendo el pico sobre las cortezas  
de los guayacanes,  
ó formando orfeones de grandioso efecto  
en las somnolientas y apacibles tardes.

Mira: son los mismos milagrosos músicos,  
los silvestres pajes,  
que en aquella hora, cuando me ofreciste  
tu virgínea sangre  
en las hojas de oro de los viejos álamos,  
dulces é inefables  
preludiaron glosas y en tu honor tañeron  
marchas de esponsales.  
¿Los conoces, Mía? De nuestro terruño  
son los foscas vates,  
hondamente negros como tus pupilas,  
hondamente negros como mis pesares!

## EL POEMA DEL ÁNGELUS.

Es la hora del "Ángelus"; resuena  
melancólicamente la campana;  
dobla el tallo la tímida azucena,  
y el silvestre clavel su faz de grana.

En la comba del cielo, de oro llena,  
aparece la luna soberana,  
como joya eucarística y serena  
en la frente de púdica cristiana.

Á sus nidos arriban los turpiales,  
y á la rústica troje de la aldea,  
cual rocío de luz los cardenales.

Su zampoña el pastor tañe doliente,  
y en saúco odorífero gorjea  
un jovial ruiseñor alegremente.

## II

Es la hora del "Ángelus"; se agita  
entre el fresco bardal de los granados  
y en el húmedo trébol de los prados,  
al soplar de aquilón la bellorita.

El rocin del labriego se encabrita  
cuando escucha el balar de los ganados

que en las ondas abrevan de los vados  
donde el cisne filósofo medita.

Hunde el sol su purpúrea cabellera  
tras el viejo encinar de la llanura,  
y difúndese entonces por doquiera  
un aliento de paz, de dicha y calma;  
ora el buen campesino con ternura,  
y al excelso Criador eleva el alma.

## III

Mensajera de fe, la nívea luna  
ya derrama sus rayos en la choza  
donde el niño sonríe en alba cuna,  
á los besos de madre cariñosa.

El esposo feliz, amante aduna  
su canción á los besos de la esposa,  
y acaricia del hijo la tez bruna,  
con su mano de rústico, rugosa.

En las huertas de flores invioladas,  
juntos duermen los elfos y las hadas.  
Es la hora del "Ángelus"; contrito,  
DIOS oficia en el púpito infinito,  
y cual notas de tantos embelesos,  
suenan besos, y besos . . . ¡muchos besos!

## LA ALONDRA.

En las mañanas de mayo,  
llenas de trinos y luz,

fingen los cielos profundos  
una soñada Stambul.  
El huerto aroma, y las yedras  
del ya derruido talud,  
trepan sus hojas y flores  
por el vetusto saúz  
donde hoy como antes, muy triste,  
la alondra canta:

-¡Cú!....¡cú!....

Gusto de oír los lamentos  
de su doliente laúd,  
porque ellos, ¡ay! me recuerdan  
el día alegre y azul,  
aquella dulce mañana  
de mi fatal juventud,  
cuando te ví por primera  
vez revestida de tul.  
¿Te acuerdas? Muy triste entonces  
la alondra cantó:

-¡Cú!....¡cú!....

Esa angustiada avecilla  
fué de mis duelos augur,  
pues presagió una existencia  
vivida en cruel senectud;  
ya desde entonces anunciaba  
que yo, cual otro Jesús,  
caer debía á los golpes

de una traidora segur:  
por eso muy tristemente  
la alondra cantó:

-¡Cú!....¡cú!....

Ayer que traje tus flores  
de mi querido baúl,  
al firmamento de mi alma  
cubrió un sombrío capuz.  
Ellas, marchitas, tuvieron  
como mi amor su ataúd,  
y al arrojarlas por siempre  
al pié de nuestro saúz,  
¡ah!.... todavía más triste  
la alondra cantó:

-¡Cú!....¡cú!....

Sólo en el huerto, do vaga  
tu linda imágen aún,  
lloré cual llora el Poeta  
en su manso Urutaú.....  
Les di mi adiós á los sitios  
donde elevaste mi cruz,  
donde por vez postrimera  
me diste un ósculo tú,  
y triste, mucho más triste,  
la alondra cantó:

-Cú!....cú!....

## PRIMAVERA É INVIERNO.

Á M. BARRERO ARGÜELLES.

II

Rumia ya en los alfolies  
el avión su pasa-calle,  
y se impregna todo el valle  
con perfume de alelíes.

Besuquean colibríes,  
de un jazmin aéreo el talle,

y no hay quien al loro acalle  
del fresal en los rubies.

Trina el tordo vocinglero  
madrigales en las gayas  
madreselvas del alero.  
y á la orilla de la fuente,  
al frescor de firmes hayas  
suena un doble beso ardiente....

## II

Está triste la mañana;  
el Invierno se aproxima,  
y solloza en mi ventana  
la torcaz, con lenta rima.

Moribunda la sultana  
rosa-té ya no se anima,  
ni el naranjo verde y grana  
luce al sol su fruta opima.

Más helado que la nieve;  
ya sin fe consoladora,  
miro el cielo con tristeza.  
Y me dice una voz leve:  
-“Pobre bardo, llora...llora.”  
Mas mi alma reza...reza!

## SENDEROS FLORIDOS.

Por la vega del río transparente,  
y esmaltados de blancas florecillas,  
serpentean aún tranquilamente  
los senderos de ásperas arcillas.

Han tendido su tapiz magnifiscente  
sobre de ellos las hojas amarillas,  
y en sus curvas se ven rápidamente  
cómo corren fugaces las ardillas.

Son los mismos aquellos en que á solas  
nuestras almas se amaron sin hastío  
sobre el rojo de augustas amapolas.

Y hoy y siempre dan flores purpurinas;  
pero ¡ay!, en tu pecho y en el mío,  
sólo brotan las zarzas de las ruinas!

## PAZ CAMPESINA.

AL LIC. RAFAEL REBOLLAR.

I

De la alta sierra á la que denso espuma  
 girón violáceo de celeste brillo,  
 el aura llega con su brial de bruma  
 que á enebro huele y á sazón tomillo.



la parda choza que la leña ahuma,  
es fiel modelo del hogar sencillo,  
y en torno de ella la infantil guazuma  
ampara al dulce y cantador cuclillo.

Las frescas vides que el aljófara baña,  
su rico manto en los alcores tienden  
al suave arrullo de la esbelta caña.

Y cuando Apolo las techumbres dora,  
las grises grullas, del maizal ascienden  
formando un delta en la rosada aurora.

## II

Desciende el sol de su bronceo carro  
sobre la hercúlea y erizada sierra,  
do irguen recios entre el vil guijarro  
los broncos pinos su ramaje en guerra.

Allá en las chozas de pedruzco y barro,  
el rey patan de la fecunda tierra  
su apero coge. Amaneció. El guarro,  
su trompa sucia en la boñiga entierra.

Prorrumpa el gallo su vibrante maña,  
y el eco fiel la entonación repite  
del ancho valle á la gentil montaña.

El peón se signa; su camino toma.  
Los tordos cantan en viril mezquite,

y trepa el zafio la florida loma.

## III

Su silbo espanta á los salvajes perros  
que gruñen roncós en la herbosa ruta;  
cascados suena el semental cencerros  
que penden toscos de su piel hirsuta.

Manzanos lindos cabe humildes berros,  
el oro ostentan de su rica fruta;  
la grama cubre los cerúleos cerros,  
y extiende el crótalo su gran voluta.

Paciente marcha por nudosos dragos  
la grave yunta al añojal que espera  
del hierro bruto remoción y halagos.

Ensayá el mirlo su rondel sonoro;  
y ya maduras en la ocriza era,  
sus granos lucen las panojas de oro.

## IV

Un fuerte vaho de embriagantes fluidos  
emite el alma de sangrientas rosas,  
en cuyos cálices, de miel henchidos,  
trabajan siempre las abejas mozas.

Cañares surgen de los altos nidos,

entre albas flores de saúco airosas,  
y al pié de un blanco guayacán, torcidos  
guisantes cubren su raíz. Frondosas

encinas crecen con vigor doquiera.  
Las rojas flores del nopal deslumbran.  
Las cabras van por la feliz pradera:  
en tiesos cactus su vellón se prende,  
y mientras ellas con placer se encumbran,  
el brioso arado los terrones hiende.

## v

La paz impera en el rincón tranquilo  
que DIOS fecunda con su astro hermoso;  
lugar de bien, de la virtud asilo,  
cada alma suya es un botón nivoso.

Al tierno arrullo del plateado hilo  
que va entre guijas y breñal boscoso,  
de vez en tarde, bajo aéreo tilo,  
descansa el viejo labrador astroso.

¿Qué importa el vaho del ardiente día,  
y qué del rudo laborar los pesos,  
si tal faena de honradez no bastía?

Cuando él retorne á la apacible choza,  
tendrá por premio los amantes besos  
del hijo fuerte y de la sana esposa.

## vi

Pensando en ellos su labor reanuda.  
Un tordo canta sobre el tibio lomo  
del tardo buey que entre la gleba suda  
uncido junto con avieso romo.

Trasciende el valle á mejorana y ruda;  
la flor airosa del narciso cromo,  
tras anchas pencas de maguey se escuda.  
Y vese el rústico bohío como

altar risueño de Noel. Durazos  
floridos yerguen sus ramajes rosa,  
Rebuznan cómicos los tristes asnos  
oliendo el húmedo alfalfal. Astuta,  
al pollo atisba la gentil raposa,  
y el sol se ríe desde su áurea ruta.

## vii

La esquila canta en mi natal aldea,  
y al dar las doce, el labrador sincero,  
descubre místico su crin que albea  
cual limpia lana de pascual cordero.

Balbute el cura su oración. Gorjea  
allá en la torre el juvenil jilguero,

y el hondo lago que á la luz chispea,  
tranquilo evoca mi soñar primero.

Ahí se esconde el argentado gubio;  
ahí besé con castidad de niño  
aquellas ondas de cabello rubio....

¡Oh santa paz que á la virtud invita,  
contempla cómo mi vellón de armiño,  
se va quedando en la ciudad maldita!

## VIII

De noche ¡ay!, cuando en mi estancia evoco  
las faces puras de tus seres buenos,  
con qué invencible repugnancia toco  
arteras manos que destilan cienos!

Oculto aquí como proscrito loco  
que ve los labios de mentiras llenos,  
feliz iría á reclinarme un poco  
en esa veste de tus niveos senos.

Y así tornando á la salud perdida,  
sentir la fe del campesino fuerte,  
matar la duda que en mi amor anida,  
caer rendido ante la luz que adoro,  
é ir en paz con mi pasión, la Muerte,  
bajo albas rosas y trigales de oro!

## BALADA RÚSTICA.

PARA ALBERTO ITUARTE.

Qué tarde tan triste,

qué triste está el cielo,  
parece que DIOS en su trono infinito  
solloza con tedio....

Las aves no pulsan  
sus líricos plectros  
ni saltan gozosas  
en trojes y aleros:  
tremando en sus nidos contemplan la lluvia  
que gime cayendo.

Recoge el aldeano  
sus bueyes y aperos;  
empuña su pica,  
y lento, muy lento,  
camina á la aldea detrás de su arado  
viejuco y grotesco;  
traspone la gleba de ocrizos matojos,  
de cardos enhiestos,  
y mira la noria do escuálido mulo,  
roñoso y hambriento,  
resopla jadeante,  
ganando su pienso.

Las húmedas chozas cubiertas de riscos,  
de paja y de légamo,  
semejan nidales  
de buitres y espectros.  
En torno, flacuchos,  
pululan los cerdos,  
y roznan borricos  
en los basureros.

La lúgubre esquila del gris campanario,  
tañendo, tañendo,  
difunde llorosa  
los dobles de muertos;  
y suenan sus psalmos de angustia infinita  
cual fúnebres rezos  
monótonos, graves,  
pausados y acerbos.....

(na?....  
¿Por quién plañe ahora la antigua campa-  
¿Por quién?.... ¡Ay! Ha tiempo  
murió la sobrina  
del cura, Remedios,  
la alegre doncella,  
la amada de Pedro,  
la virgen morena que todas las tardes,  
cantando y zurciendo,  
á orillas del río la vuelta esperaba  
del guapo cabrero.  
Mas hoy los rosales  
del cruel cementerio,  
ya cubren su fosa  
modesta. Por eso  
cuando oye los toques  
luctuosos y lentos,  
sobre áspera roca  
recuerda el fiel Pedro  
los dulces vocablos, las gratas caricias,  
los cándidos besos,  
la boca de grana,

los ojos tan negros  
de aquella que yace  
dormida en la paz de su tálamo eterno;  
y ruedan las gotas candentes de llanto,  
y sigue la lluvia cayendo, cayendo.....

Qué tarde tan triste,  
qué triste está el cielo,  
parece que DIOS en su trono infinito  
solloza con tedio....

Ni un árbol se mueve, ni un pájaro lanza  
su trino en los huertos  
do yerguen sus copas erectas y agudas  
los mustios cipreses vestidos de duelo.

Allá por la sierra brumosa que enarca  
su dorso siniestro  
surcado por grietas y abruptos crestones  
que forman sus músculos y hórridos nervios,  
los pinos semejan  
exhúberos vellos,  
que al són de los rayos tonantes y altivos  
se crispan de miedo....

Allá la tormenta,  
muy lejos, muy lejos,  
derrumba cantiles  
y troncha los cedros,  
abate el orgullo de viejas encinas,  
y espanta á los cuervos  
que llegan y soplan

sus ríspidos cornos de malos agüeros:  
la negra parvada simula un desfile  
de torvos pecados y remordimientos.

Ya cruza macabra la nube tranquila  
que llora en silencio,  
que gime y empapa  
el mísero cuerpo  
y el trágico rostro  
del pobre cabrero.  
Y bala el rebaño  
seguido del perro  
que aúlla si mira  
llorar á su dueño.  
Por la álgida ruta descenden al vado,  
é isócrono, seco,  
cual choque de bolas que cien billaristas  
lanzaran á un tiempo,  
se escucha el gran coro  
que entonan las ranas á orillas del cieno.

El sol ya se oculta  
cobrizo y enfermo;  
ya brilla en las chozas  
el rústico fuego,  
y al grato crugir de las ramas torcidas,  
que dan su calor al reumático abuelo,  
el buen campesino le narra inocentes  
leyendas al nieto.

Salmodian los buhos; cabalgan las brujas;  
el "Ángelus" rima sus diarios lamentos;

preludian las almas sus himnos agrestes:  
 y en tanto que Pedro  
 se abraza al sepulcro  
 do yace Remedios,  
 susurran las hojas,  
 suspiran los cierzos,  
 y sigue la lluvia  
 cayendo, cayendo.....

Qué tarde tan triste,  
 qué triste está el cielo,  
 parece que DIOS en su trono infinito  
 solloza con tedio.....

—¿Quién llama? ¿Quién toca?  
 —Señor sacerdote: abrid, abrid presto!  
 La hora del alba  
 sonó, cuando muerto,  
 al pié de la cruz que resguarda la tumba  
 do yace Remedios,  
 miré que se hallaba  
 el joven cabrero!

.....  
 .....

Y dobla la esquila  
 llorando de nuevo,  
 y sigue la lluvia  
 cayendo, cayendo.....

### SAN JUAN.

Que llueve? ¡No importa! Corramos, Pepilla,  
 á hundir en las charcas tus piés y los míos;  
 ya el sol con su tórrida mufia amarilla,  
 en lágrimas de oro cambió los rocíos.

Las nubes de junio cual locas pasean  
 por todos los campos girones de brumas.  
 Hoy es la mañana del rubio San Juan;  
 los pájaros ébrios de agua gorjean,  
 alisan sus plumas,  
 y en fuentes y arroyos bañándose están.

Que llueve? ¡No importa! La fresca mañana  
 convida á aspirar del serpol odorante,  
 el rústico aroma y á oír de la rana  
 el gran borborigmo sonoro y rapante.

Saltones carneros de agrestes rebaños,  
reflejan en la agua sus rudos vellones  
y cruzan del río las redes sin fin;  
sacuden sus testas los viejos castaños,  
y cantan canciones  
las niveas palomas del verde jardín.

Vayamos al río que muge á lo lejos  
con iras tremendas de uro celoso;  
verás qué plumizos sus pardos reflejos,  
y cuál se retuerce su piel de coloso.

De paso, Pepilla, te haré una guirnalda  
de puras "estrellas," las flores ideales  
que armiñan la alfombra del húmedo alcor.

Ya vienes sonriendo? Recoge tu falda,  
sacude perales,  
é imprime en mi boca tu beso de amor.

Contempla qué hermosa se ve la capilla;  
qué alegre que se oye su joven campana!  
Recubre tu pelo con negra mantilla  
y adórnalo, virgen, con rosas de grana.  
Y luego entre corros de lindas doncellas,  
que lleven coronas de fusias y encinos,  
bailemos al són de la flauta de Pan.  
¿Llovizna? ¡No importa! Corramos con ellas  
al bosque de pinos,  
que hoy es la mañana del rubio San Juan!

PEPILLA.

Porqué ya no ríes?  
Porqué ya no cantas?  
No llores, morena  
Pepilla de mi alma.  
Tus ojos enjuga,